

Donde la lluvia

EVA R. PICAZO

Primera edición: Febrero 2013

© **Del texto**

Eva R. Picazo

Del diseño

Akane Estudio.com

De la presente edición

Urania ediciones

www.uraniaediciones.com

hola@uraniaediciones.com



ISBN

978-84-940495-3-8

Depósito legal

CS 38-2013

*A mis hijos
Alba y Luca
por abrir sus manos
para mostrarme el mundo*

prólogo

A toda máquina,

reventando el aire (o prólogo, que es lo mismo)

Carta de Yolanda a Eva, en una mañana dulce, de esas que ellas saben cocinar.

Querida Eva,
vuelvo a confeccionar estas palabras en un tren.
Qué sería de mí sin los trenes...
no podría hacer prólogos, creo.

Tu poemario viaja conmigo, apretando mis dientes como un animal de pura sangre;
a fuego vivo,
recitándome mil y una vez, con tus *versosverdad*, lo importante que es vivir,
aunque duela.

"... allí el corazón,
ese músculo que dicen que no duele,
m e n t i r a".

Ya ves, me agito al leer a otra mujer (a ti) que se comunica en este idioma común que es apasionarnos sin medida.

Cuando termino de leerte, tengo el pulso desordenado y empiezo a escribirte esta carta a toda máquina (así la he llamado, porque este poemario que has parido alberga la pura vida, esa que no te concede tregua para reponerte de una herida abierta, cuando ya tienes el remedio mágico en el siguiente poema).

Sé lo que te gustan las cartas y que piensas que todos deberíamos recibir una carta una vez al mes, así que no he encontrado mejor forma de con-

tarle al mundo y a ti lo que siento al leerte.

Mientras la luz va amaneciendo en este viaje hacia tus poemas, y hacia Madrid, pienso en la ventaja de conocer, no sólo tus verbos, sino tu corazón.

Es más,

en el privilegio de haber oído, previamente a leer tus poemas, latir tu órgano bomba.

Y aquí estoy, sintiendo cada una de estas historias que me cuentas (hoy solamente a mí), con esos giros y metáforas sagradas que utilizas. Con esa verdad tan sencilla y compleja que manejas.

Y ese latir de cosas pequeñas que tanto me importan a mí, Eva, y que he encontrado en estos versos tuyos desparramadas por todo el poemario, sabiéndote maestra de buscar lo auténtico de la vida, y de contarlo.

Esta forma tuya de decir:

“...no me ve el mundo,
como lo hago yo,
con la importancia
que tiene, el café de las tres,
o la cita del médico”.

Y el amor, ese sustantivo maldito y dulce, alojándose constantemente, en tu cerebro y en tus comas. Esa mujer en la que te conviertes cuando, de forma espléndida, le exiges a la pasión que venga,

“... no me ames tanto, nunca
me quieras tanto
porque vendré a destruir el árbol
y a quemarte todas las raíces,
créeme si te digo,
que lo que yo necesito,
es el bosque ardiendo,
y todas las llamas vivas...”.

Y yo lo hago mío, porque no lo podría haber expresado mejor.

Y también tu soledad, esa manceba que adoras y a veces te asfixia, la

misma de la que hablan tantos poetas pero muy pocos de esta forma:

“...a veces, las voces
invaden el jardín,
como ese frío
que golpea las ventanas,
y me obliga a abrir los ojos,
pero sigo aquí,
de pie, frente al lavabo,
en la soledad
de una piel que tiembla”.

No, Eva, no te concedes el no apurar la vida siempre, el caminar por la vida seca,
sin “todo el mar en los ojos”. Eso me fascina, esa forma valiente de escribir:

“... dame la vuelta y a horcajadas,
delimita con saliva cada acento,
palpa el vacío allí donde sea preciso,
sálvame de este nombre...”.

(deseo no olvidarme nunca de estos versos, son mis favoritos).

Querida poeta, este poemario me ha llenado de gozo, descubriendo lo que ya adivinaba,
que la belleza,
la ternura y la cotidianidad con la que narras la vida
es necesaria para la poesía.

Y, tal y como tú dices:

“Necesito sacudirme el frío
y quedarme en tu verano”.

Me guardo estos versos para decir que, después de leer este poemario,
yo también me quiero quedar en tu verano, Eva.

donde la lluvia

(todo el mar en los ojos)

el trabajo olvidado en la mesa,
una carta que me explica
los metros cúbicos
de tanta agua derramada,
el café frío, que no calma
esta sed inagotable

parece que el otoño
es más perezoso que otros años,
viene lentamente, y se asoma
a esta ventana, que abro como un libro,
manchándome las manos de lluvia

*“Vino la lluvia,
le quitó el sol a las tortugas,
entró por la gotera,
entró por debajo de la puerta.
Se fue.”*
Sylvia Plath

*"Un árbol anda de aquí para allá bajo la lluvia,
deprisa, ante nosotros, en lo gris derramándose.
Lleva un recado. Vida extrae de la lluvia
como mirlo en un jardín frutal.
Cuando la lluvia cesa, el árbol se detiene.
Se vislumbra derecho, quieto en noches claras,
como nosotros, esperando el instante
en que florezca nieve en el espacio"*

Tomas Tranströmer

**(es el calor lo que se recuerda,
aunque sigamos viniendo del frío)**

me encuentro en ese punto
de continuo desconcierto,
incapaz de caminar sin el tropiezo
del escombros que yo misma
voy dejando un día tras otro

- nunca estamos preparados
para la caída, aunque llevemos
todo un año cayendo –

no tengo miedo, no es eso,
solo la sensación de soportar
todo el cuerpo quedándome quieta,
como ese sueño de árboles
girando bajo la lluvia

necesito sacudirme el frío,
y quedarme en tu verano,
dejar que continúe el ruido,
que la ciudad viva fuera
de las cuatro paredes
que sostienen tanto humo

te quiero conmigo,
cuando me dejes
besarte los ojos cerrados,
y te duermas como un niño
que no le teme a nada

¿quién lo decide?

¿cómo es la vida,

sin la vida?

quiero decir, que no sé

como es vivir, sin el deseo

preciso de vivir,

-dejarse llevar cada mañana

como un autómata suicida-

¿cómo explicar el dolor blanco

de la pérdida,

con el fin inevitable

de un consuelo que no busco?

¿cómo explicar este dolor sereno

del tiempo menguando en mis manos?

hay personas que no han sufrido ese dolor

y cuando les ocurre,

se frotan los ojos

y se arrancan de golpe los años

(no es tristeza es otra cosa)

no es el abandono,
ni la soledad,
lo que asusta
más que la tristeza,
si tus venas ya no son azules
bajo la pálida piel,
derrotadas, por ríos negros
sin lágrimas

que asusta más,
que el silencio
pegado a las paredes,
ahogado por la certeza
de tu último estertor
a las dos del mediodía

que enloquece más,
que poner orden
al caos de tu cuerpo,
establecer el ritual
sin velas, ni gritos
ni rezos
lo que me asusta,
soy yo y tu recuerdo,
me acerco a tus labios
y mis dedos,
siguen buscando,

el vaho en el espejo

(he dejado una flor en la ventana)

esas voces
sílabas incesantes
acordeón de vocales sonoras

ruido

no puedo pararlas
habitan en mi cabeza,
como un enjambre de abejas
zumban y me martillean

¿y si lloran los hijos que no tuve,
aquellos que entregué a Salomón?

¿serás tú quien los meza?

¿quién abrirá la ventana,
para que descanse
el pájaro muerto
sobre el alféizar?

¿quién cantará
con los labios cosidos,
para que te duermas?

son ellas, las voces
con sus ecos y sus risas
las que me acompañan
son ellas